

¿Desaparición o transformación de las clases sociales en el siglo XXI?

Disappearance or transformation of social classes in the XXI century?

Manuel M.^a Urrutia León · murrutia@deusto.es
UNIVERSIDAD DE DEUSTO

Recibido: 22/09/2017
Aceptado: 10/11/2017



Resumen

El presente artículo se acerca al debate que, desde los años 70 del pasado siglo, tiene lugar, sobre todo en la sociología, respecto a la presunta desaparición de las clases sociales en las sociedades avanzadas. Es evidente que la estructura de clases, debido a los intensos cambios históricos, sociales y políticos que han tenido lugar desde los años 70, se ha transformado profundamente. Pero el concepto de clase social, convenientemente actualizado, sigue siendo fundamental para el análisis sociológico de la estructura social de las sociedades globales en el siglo XXI. A partir de esta revisión del concepto de clase social, este trabajo concluye dibujando someramente las líneas principales de la nueva estructura de clases emergente en nuestras sociedades globales.

Palabras clave: Clase social; Desigualdad; Estructura social; Globalización.

Abstract

This article approaches the debate that, since the 1970s, has taken place, especially in sociology, with respect to the presumed disappearance of social classes in advanced societies. It is clear that the class structure, due to the intense historical, social and political changes that have taken place since the 1970s, has been profoundly transformed. But the concept of social class, suitably updated, remains fundamental (critical) to the sociological analysis of the social structure of global societies in the twenty-first century. From this revision of the concept of social class, this paper concludes by outlining the main lines of the emerging class structure in our global societies.

Key words: Social class; Inequality; Social structure; Globalization.

INTRODUCCIÓN

Los profundos cambios producidos en las sociedades capitalistas desde el siglo XIX, singularmente a partir de la 2.ª Guerra Mundial y, sobre todo, durante el período socialdemócrata (1945-1973), llevaron a algunos analistas sociales a cuestionarse la pertinencia de seguir utilizando el término «clase social» para el análisis de los nuevos sistemas de estratificación emergentes. A partir de los años 70 del siglo XX se iniciaría un debate, que llega hasta la actualidad, entre los que defendían el retroceso o incluso el fin definitivo de las clases sociales, y los que no compartían en absoluto tal diagnóstico, abogando por la persistencia de las mismas, y por tanto del concepto de clase social de cara al análisis de la nueva estructura de las desigualdades sociales. Esta última postura es la que nos parece más adecuada y habremos de desarrollar. Es obvio que la naturaleza y la composición de las clases han cambiado mucho, pero, convenientemente redefinido, el concepto de clase social sigue siendo enormemente relevante para el análisis sociológico de la estructura social de las sociedades avanzadas. De ahí que, en resumen, haremos el siguiente recorrido: (1) Comenzaremos aludiendo a los términos fundamentales del debate que sobre la desaparición y/o persistencia de las clases se ha venido desarrollando en las últimas décadas. (2) A la luz de este debate, habrá que clarificar el concepto de clase, y otros directamente relacionados con ella, muchas veces ambiguos y confusos, pues la noción de clase, como cualquier otro concepto realmente importante en las ciencias sociales, es polivalente y, a veces, es utilizado en distintos contextos histórico-sociales para referirse a cosas diferentes. Es preciso, por ello, evaluar críticamente la pertinencia teórica y empírica de las teorías de los clásicos más relevantes de la sociología (Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber) y, sobre todo, de las más recientes revisiones y actualizaciones de estas tradiciones, o incluso del planteamiento de nuevas teorías. (3) Pero, aún más importante, debido a los decisivos cambios histórico-sociales acaecidos a partir de las últimas décadas del siglo XX, es necesario interpretar, al menos tentativamente, la nueva forma de estratificación que está emergiendo en las sociedades capitalistas avanzadas (algunas de cuyas clases están adquiriendo alcance global). (4) Al hacerlo, concluiremos defendiendo la pertinencia y utilidad del concepto de clase social para comprender cabalmente la sociedad global del siglo XXI.

1. EL DEBATE EN TORNO A LA DESAPARICIÓN DE LAS CLASES SOCIALES

Si alguien osa plantear la cuestión de la clase social, se ignoran sus argumentos y se le tacha de dinosaurio aferrado a panaceas obsoletas e irrelevantes, aunque sus detractores derechistas promuevan vergonzosamente el tipo de teorías económicas que florecieron a finales del siglo XIX. (Jones, 2013: 298)

La sociología, desde sus mismos inicios, se ocupó de las clases sociales como de uno de sus temas de estudio más relevantes. Más aún, para el notable sociólogo Anthony Giddens, la

cuestión de las clases y del conflicto de clases «ha sido durante mucho tiempo el problema fundamental de la sociología —podría decirse, *el problema de la sociología*—» (Giddens, 1996: 19). Las cosas empezaron a cambiar, sin embargo, en las últimas décadas del siglo XX, cuando el interés por las clases comenzó a declinar de manera importante, hasta el punto de que algunos autores más radicales llegaron a hablar incluso de la desaparición o de la «muerte de las clases sociales» (Pakulski y Waters, 1996). Conviene no olvidar que esto sucede en un contexto donde también, y desde una perspectiva más amplia, con importantes derivaciones políticas e ideológicas, se habla del fin de la modernidad, del fin de la historia, o más concretamente del final de las ideologías. Para comprender los motivos de este cambio de perspectiva es preciso distinguir, desde un punto de vista analítico, entre las dimensiones científica, que se suele apoyar en un conjunto de observaciones empíricas y en una determinada interpretación de la evolución del capitalismo; y la político-ideológica que varía en paralelo a aquélla.

(1) Desde el punto de vista predominantemente teórico, se va a argumentar que, si bien las clases sociales fueron importantes en el capitalismo industrial del siglo XIX, ya no lo son. Que son los profundos cambios histórico-sociales habidos, sobre todo a partir de mediados del siglo XX, y su repercusión en la estructura social, la causa de la pérdida de importancia o incluso, la irrelevancia de las clases sociales en las sociedades contemporáneas. Las teorías posmodernas, por ejemplo, consideran que para explicar el orden social, más que la política o la economía, cuentan las identidades culturales, nacionales, religiosas o sexuales, y más que la producción, el consumo, por lo que las clases sociales pierden relevancia. Más aún, para planteamientos más radicales como el de Pakulski y Waters las sociedades de clases, que obviamente son entidades históricas, «nacieron con el capitalismo industrial, cambiaron su forma bajo el impacto del capitalismo organizado o corporativo, y están desapareciendo en la fase de la postindustrialización y postmodernización» (1996: 4). Las clases sociales, sostienen estos autores, se disuelven radicalmente en todas sus manifestaciones cruciales que incluyen su determinación económica, la agrupación social y cultural en comunidades de clase, la identidad de clase y la acción política en agrupaciones específicas, como partidos y sindicatos de clase (Pakulski y Waters, 1996: 67). La sociedad posindustrial y posmoderna, con la incorporación de las mujeres y de las minorías étnicas al ámbito del trabajo, supuso importantes procesos de diferenciación social y de individualización progresiva, lo que erosionó las tradicionales comunidades de clase, promoviendo un gran pluralismo de valores y de estilos de vida. La estratificación ya no vendría marcada, en una sociedad centrada en el consumo más que en la producción, por la posición de clase en la división del trabajo, sino por las diferencias de estatus, el estilo de vida y las pautas de consumo que se asocian a él. A juicio de Pakulski, dado que obviamente las desigualdades sociales siguen existiendo, es preciso realizar un análisis no clasista de la desigualdad y el conflicto social. «Las desigualdades sociales en las sociedades contemporáneas avanzadas se aproximan cada vez más [...] a un tipo de «desigualdad compleja *sin clases*» (Pakulski, 2015: 239).¹ En conclusión, los autores

¹ Si bien incluye en el error, a mi juicio, de asignar a Weber las bases principales de tal análisis, pues en Weber, como veremos más adelante, además del estudio de los «grupos de estatus», al que se refiere, hay también

defienden que las sociedades más avanzadas ya no son sociedades clasistas. Parece evidente que la estructura estratificacional se ha complejizado de manera importante, y que las desigualdades sociales no pueden explicarse únicamente en términos de clase, sino también de estilos de vida, identidades o de desigualdades sociales asociadas al género, la etnia o la cultura. Pero también es cierto que todos estos tipos de diferencias mantienen relaciones complejas con la clase social, ya que en nuestra sociedad hipercapitalista el trabajo continúa siendo la fuente principal de la riqueza y el salario delimita el consumo o estilo de vida posibles.² En definitiva, la mayoría de los autores, de una u otra postura, concuerdan en que la estructura social se ha complejizado y diversificado de manera decisiva, señalándose factores como la importancia creciente de gerentes y directivos empresariales, con lo que la propiedad no confiere automáticamente poder; la redistribución de la propiedad en pequeños y medios propietarios; la importancia creciente de la enseñanza superior y de la cualificación profesional en la generación de beneficios; la gran segmentación y globalización de los mercados y del tipo de trabajo; el crecimiento estructural del desempleo; el papel creciente del consumo como generador de estatus y estilos de vida, etc. Todo ello lleva, no cabe duda, a una complejización de la estructura de clases y a la erosión de las viejas pautas de clase y de estratificación. Ahora bien, estos cambios, si bien contribuyen a transformar los mecanismos de identificación individual y colectiva, debilitando los lazos de identidad y de conciencia de clase tradicionales; no parecen tan importantes ni suficientes, sin embargo, para alterar significativamente la centralidad de la posesión (y/o el control) de la propiedad privada de los medios de producción, tanto en lo que se refiere a la distribución del poder político (Giddens, 1996: 321-322), como a la generación de beneficios económicos y de activos de distinto tipo, o simplemente, de la posición que cada uno ocupa en el mercado de trabajo. Es obvio que la validez de estos nuevos planteamientos sobre la clase social no depende solo de su plausibilidad teórica y empírica para comprender la sociedad en la que vivimos, sino especialmente de su capacidad explicativa de fenómenos sociales concretos. ¿En qué medida la clase social explica desigualdades sociales significativas? Si bien, responder a esta pregunta excede los objetivos de este artículo, sí aludiremos brevemente a un par de campos particulares de estudio, a modo de ejemplo, y que no dejan lugar a dudas. Un primer ámbito de investigación importante, a nivel internacional, es la relación entre clase social y delincuencia. Tras un repaso a muchos años de estudios y controversias, Hernández de Fru-

un importante análisis de clase, así como en Durkheim, al que también incluye aquí. El error de algunas perspectivas, como la actual, es identificar el análisis de clase casi exclusivamente con el planteamiento marxista, siempre unido a la concepción materialista de la historia, entendida además de manera determinista. Conuerdo con la opinión de Giddens de que la «desilusión en relación con el concepto de clase se basa en unas premisas falsas; si el concepto no puede servir para todo lo que hoy se pide de él, se debe a que los que primero lo colocaron al frente de la teoría social —incluido Marx— han exigido demasiado de él, y no a que haya quedado superado por los cambios sociales que se han producido desde el siglo XIX» (1996: 10).

² Ante la concepción más habitual de clase, que se refiere ante todo a la posición y la determinación económica productiva, basada en la propiedad o en las relaciones de mercado (Pakulski y Waters, 1996: 2), los autores citados proponen una teoría alternativa de la estratificación según el estatus. Teoría de la posición o prestigio sociales que sería, a su juicio, primariamente un fenómeno cultural. Se basa en la asunción de estilos de vida según los modelos de consumo, flujos de información, preferencias estéticas y compromisos valorativos. Lo que no sabemos, sin embargo, es de dónde surge la *posibilidad de elegir* un determinado estilo de vida, al margen de la capacidad económica de cada cual, que depende básicamente de su propiedad o de la posición en el mercado de trabajo. Llegan a escribir que los fenómenos material y de poder son reducibles a estas manifestaciones simbólicas de estilo de vida y al fenómeno valorativo (Pakulski y Waters, 1996: 155), con lo que incurren en un *culturalismo idealista* ciertamente insostenible.

tos llega a la conclusión de que, si bien los resultados varían según las escalas utilizadas, es indiscutible la relación entre clase social y delito. La evidencia indica, añade, que según se baja en la escala de clases aumentan los delitos, lo que sobre todo sucede en el ámbito de la «infraclass». Hasta el punto de que, concluye citando a Hagan, «la simple omisión de las clases sociales del estudio del crimen empobrecería a toda la criminología». (2006: 227). El otro ámbito importante de investigación es el de la salud. Como se nos recuerda, para la OMS, la pobreza y la desigualdad económica son lo que mejor explica las diferencias de salud en todas las sociedades. En este sentido, la clase social se considera un determinante de la salud. «Se mida en el país que se mida, el estado de salud y las tasas de mortalidad son mucho peores en las clases sociales pobres», lo que puede mitigarse con la redistribución de la riqueza y la mejora de las oportunidades educativas (Cabrera de León et al., 2009: 232).³ Lo que se extiende tanto al ámbito español (Borrell et al., 2004: 77), como al ámbito vasco (Martín y Bacigalupe, 2007). Baste el ejemplo de estas dos dimensiones, para probar que la clase social continúa siendo un factor determinante de las oportunidades vitales de muchas personas a lo largo del mundo global. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no es necesario, ya que las evidencias son abrumadoras en muchos ámbitos de la vida social. Como han escrito recientemente Requena y Stanek, en un estudio sobre las clases sociales en España, «un volumen importante de la investigación ha demostrado de forma reiterada y concluyente que la clase social es una de las variables cruciales para entender y explicar las desigualdades» en las sociedades modernas, el acceso a recursos socialmente valorados, la diferencia de oportunidades vitales en lo que se refiere a los ingresos económicos, el logro educativo, el desempleo o la salud (2015: 504 y ss.) Lo que comparten muchos otros autores, que a su vez se basan en las múltiples investigaciones sobre el tema, como Macionis y Plummer (2011: 281), o Giddens y Sutton, para quienes las divisiones de clase «siguen siendo un factor primordial de las desigualdades económicas», por lo que no dudan en hablar en este sentido de «la persistencia de la clase social» (2014: 594).

(2) Por lo que se refiere a la perspectiva política, hay que decir que las democracias liberales de principios del siglo XX, debido en gran parte a la presión de los partidos y sindicatos obreros, fueron evolucionando hacia estructuras sociales más inclusivas y desarrollando instituciones públicas con capacidad regulatoria sobre la actividad económica y una cierta redistribución de la riqueza a través del desarrollo del Estado de Bienestar, lo que alcanzará su máxima expresión durante el periodo socialdemócrata (1945-1973). El pacto entre capital y trabajo, a través de una cierta democracia industrial, la instauración de los derechos económicos y sociales, etc., supuso importantes cambios en la estructura social, en el mundo del trabajo, y por tanto de las relaciones de clase, con la institucionalización del conflicto social y la canalización y reducción de los conflictos de clase. El periodo socialdemócrata supuso el momento histórico de mayor crecimiento económico y de

³ Hasta tal punto es así, que, según datos contrastados, en la ciudad escocesa de Glasgow, la esperanza de vida de los hombres que viven en las áreas socioeconómicamente más deprimidas es de 54 años, frente a los de las zonas más ricas que es de 82. Luego los hombres pobres de Glasgow tendrían una esperanza de vida menor que la media en la India. Lo mismo ocurre con los más pobres de EEUU, con una esperanza de vida por debajo de la media de Pakistán (Martín y Bacigalupe, 2009: 59-60).

menor desigualdad social de la historia, en la mayoría de los países europeos. Tal mejora del nivel de vida llevó a un cierto espejismo de una sociedad formada por amplias clases medias, que abarcaría a la mayoría de los individuos, que debilitaría, y en el límite, eliminaría los conflictos de clase, lo que podría conducirnos a una sociedad «sin clases». Pero la crisis económica de 1973-74 cambiaría el panorama de manera radical, al conducir a la crisis del modelo socialdemócrata y al posterior triunfo político de las corrientes conservadora y neoliberal en Gran Bretaña y los EEUU a finales de esa década y principios de la siguiente. Poco después, la caída del Muro de Berlín (1989), supuso el triunfo mundial del capitalismo sobre su alternativa histórica, el comunismo, propiciando una aceleración de la globalización económica, y convirtiendo en hegemónica la ideología política y económica neoliberal. Hasta el punto de que la profunda crisis económico-social iniciada en 2007 en los EEUU, y que pronto se traslada con virulencia al continente europeo y al resto del mundo, a pesar de profundizar enormemente unas desigualdades sociales nacionales e internacionales que ya estaban creciendo con las políticas neoliberales, no ha supuesto apenas una rectificación de las políticas económicas que la produjeron. Lo que sí ha ocasionado, es un importante resurgimiento de la atención a los problemas de desigualdad y de estratificación sociales. Y, por lo que respecta a las clases, algunos autores hablan de una hipotética «vuelta» de las clases sociales a la escena social. ¿No será, más bien, que en lugar de volver es que nunca se fueron, como tampoco, por ejemplo, nunca se fueron ni las ideologías ni las religiones? En la sociedad industrial, las clases sociales aparecían con total evidencia y la toma de conciencia de su realidad (la clase «para sí») condujo a la reivindicación y a la lucha de clases. Como consecuencia de las conquistas sociales, las mejoras económicas y la elevación del nivel de vida de los trabajadores, tal realidad se fue desfigurando, lo que llegó a su máxima expresión en el periodo socialdemócrata, marcado por una política de compromisos y pactos de clase. Tal éxito llevó a que la propia izquierda fuera abandonando el concepto de clase y, sobre todo la socialdemocracia, se centrara en la gestión del capitalismo y en un reparto más equitativo de la riqueza. Estrategia que parece haberse agotado definitivamente con la crisis económica, que vuelve a recordarnos bruscamente la vigencia de las clases y del conflicto entre ellas. Pero, obviamente, desde el punto de vista político e ideológico, ha sido la ideología neoliberal quien más ha hecho por cuestionar la existencia de las clases sociales y de sus conflictos y, dada su hegemonía ideológica desde los años 80 del pasado siglo, ha logrado contagiar a sus principales oponentes ideológicos. No sin caer en importantes contradicciones, que pueden ser gráficamente resumidas en una frase de Bernard Shaw, que es recogida por Owen Jones: «unos predicán una lucha de clases, otros la practican vigorosamente» (Jones, 2013: 55). Por un lado, el neoliberalismo es profundamente individualista, tanto ontológica como metodológicamente, por lo que defiende la no existencia de ninguna entidad grupal o «social» más allá de la mera agregación de individuos independientes. El reconocimiento de grupos con intereses particulares, en el seno de la sociedad, implicaría la continua intervención del Estado para garantizar sus «supuestos derechos» y, por lo tanto, la ruptura del orden del mercado que se autorregula espontáneamente. La «sociedad no existe», afirmará M. Thatcher siguiendo a F. Hayek, sino que solo existen individuos. Por lo que la sociedad no puede ser responsable de lo que les suceda a los individuos, ya que todo el mundo cuenta

con las mismas posibilidades, luego cada uno tiene lo que se merece como resultado de su esfuerzo y sus méritos individuales y del juego del mercado que se presenta como un mecanismo ciego (Urrutia, 2016). En consecuencia, el pobre, salvo cuando lo sea por causas naturales, es responsable de su pobreza, y ésta no puede deberse a causas sociales o estructurales, como se desprende de cualquier planteamiento que aluda a la existencia de clases sociales. Por otro lado, los neoliberales, al mismo tiempo que defienden que las clases sociales no existen y acusan a las izquierdas de practicar la lucha de clases, ejercen decididamente la lucha contra la clase trabajadora, como quedó patente desde el triunfo electoral de M. Thatcher en Gran Bretaña, que «marcó el comienzo de un asalto total a los pilares de la clase trabajadora británica» (Jones, 2013: 19). Ello condujo a un retroceso evidente de las vertientes cultural y política del conflicto de clases, a una progresiva descomposición de las formas de agrupación, de socialización y de formación de comunidades de la clase trabajadora, que en gran medida fue absorbida por la ideología y la cultura de la individualización, con el consiguiente debilitamiento de las organizaciones políticas y sindicales de clase. En esto, no cabe duda, tienen razón los que inciden en la decadencia de las clases sociales tradicionales. Ahora bien, como escribe Jones, «la trágica ironía es que el mito de la sociedad sin clases ganaba terreno a medida que se iba amañando la sociedad en favor de la clase media» (2013: 203). En realidad, es la clase alta, la clase dominante, la que sale ganando, como demuestran todos los estudios empíricos realizados en los últimos tiempos. Ahora bien, detrás de esta perspectiva neoliberal suele darse por hecho que la mayoría de la población pertenece a la «clase media» (y se habla en este sentido de una sociedad de «clase única»), salvo un pequeño grupo de ricos, que lo son gracias a su trabajo, y que además son absolutamente imprescindibles para la creación de riqueza, y un pequeño grupo de pobres, que igualmente son responsables de su situación (salvo aquellos a los que la «lotería natural» no les ha favorecido y son los únicos que, en realidad, merecen ser ayudados). Recientemente (2011), en el contexto de un debate similar sobre la existencia o no de la lucha de clases, y de la acusación al partido demócrata americano de favorecerla, el multimillonario estadounidense Warren Buffett reconocería que, evidentemente, la «guerra» de clases existía (esa fue la expresión utilizada, *warfare* = guerra, y no «lucha») y que era la clase rica, la suya, la que realmente practicaba la guerra de clases y que además la estaba ganando.⁴

⁴ La frase del financiero Warren Buffett, muy repetida, suele citarse fuera de contexto, por lo que conviene detenerse un momento para situarla en el marco más amplio, ciertamente interesante, en el que se ubica. Conviene saber que, en 2011, Buffett aparecía en el tercer lugar de la lista Forbes con 50 billones de dólares (en 2017 ha pasado al segundo lugar, con 75,6 billones). Pues bien, el 14 de agosto de 2011, Buffett escribiría en *The New York Times* un artículo titulado *Dejar de mimar a los super-ricos (Stop coddling the super-rich)*, en reacción a una petición de los líderes políticos a «compartir los sacrificios» (el Presidente Obama planeaba un nuevo plan de Imposición Fiscal), pero en la que, añade, «a mí se me ha perdonado». Y lo mismo sucedía con sus amigos super-ricos con los que habló. Los legisladores de Washington nos protegen, como si fuéramos una especie en extinción, con «recortes extraordinarios de impuestos», sentencia. Y añadía datos para probar que desde 1990 los impuestos a su grupo habían descendido y que, sin embargo, la creación de empleo era mucho menor (que es la justificación del neoliberalismo para la rebaja de impuestos). A modo de ejemplo, señalaba que el año anterior había tributado el 17,4% de sus ingresos gravables y que, tras hacer una breve encuesta en su oficina, entre sus 20 empleados la media de sus impuestos se situaba en el 36%. «Mis amigos y yo», concluía su artículo, «ya hemos sido mimados lo suficiente por un Congreso amigo de los billonarios. Ha llegado el momento para nuestro gobierno de tomar en serio el sacrificio compartido» (Buffett, 2011). Va a ser en una conversación de Buffett con Ben Stein, abogado y economista, a la que éste alude en un artículo, donde al hablar sobre el tema de la diferencia de impuestos con sus empleados, Buffett añadiría «¿Cómo es esto posible?, ¿Cómo puede

2. LOS PRIMEROS CIENTÍFICOS SOCIALES Y LAS CLASES SOCIALES. REPLANTEAMIENTOS ACTUALES

Si bien en todas las sociedades conocidas se producen desigualdades, es decir, diferencias de poder, de riqueza, de prestigio, etc., entre los diversos grupos sociales, a los sociólogos les interesa estudiar aquellas desigualdades que no son casuales, fruto del azar, ni que se deben a los rasgos biológicos o personales de los individuos, sino que dependen de factores sociales (étnicas, de género, etc.), y, sobre todo, de las relaciones establecidas en los sistemas productivos, y, en definitiva, de la forma en que se distribuyen las riquezas y recursos de todo tipo en una sociedad dada. Es decir, de las clases sociales. Podemos, con Tezanos, definir la clase social como «un grupo social relativamente homogéneo en sus condiciones laborales y en sus intereses económicos, que ocupa una posición determinada de poder, de influencia y de oportunidades en la estructura social, en un momento histórico determinado de la evolución de los sistemas productivos, entendidos como sistemas sociales generales» (Tezanos, 2001: 95). Frente a épocas históricas anteriores, las sociedades modernas, capitalistas e industriales, vienen caracterizadas por la centralidad del mercado capitalista, la propiedad privada de los medios de producción, y, por tanto, la importancia del trabajo como fuente principal de riqueza y del salario como forma de retribución del mismo. Por tanto, son sociedades basadas en las clases sociales, existiendo diversos tipos y niveles de estructuración de las clases, como destacarán los primeros científicos sociales. Como sostiene Erik O. Wright, hay una pregunta trascendental que está presente de una manera u otra en prácticamente todos los enfoques del análisis de clases: «¿Qué *explica* las desigualdades de oportunidades vitales y de niveles económicos de vida?». Lo que quiere decir que no basta con «ubicar a la gente dentro de algún sistema de estratificación», sino que lo verdaderamente importante es «identificar los mecanismos causales que ayudan a determinar los aspectos primordiales de dicho sistema» (Wright, 2015b: 256). Eso es lo que trataron de hacer los primeros científicos sociales. Nos centraremos básicamente en Karl Marx, uno de los más importantes precursores de la ciencia social, y en los dos fundadores de la sociología, Émile Durkheim y Max Weber, cuyas obras fueron escritas a la sombra de la poderosa influencia del fundador del marxismo. Los tres grandes pensadores, sobre todo los alemanes, establecieron las principales aportaciones sobre las clases sociales, que aún hoy, con importantes cambios y reactualizaciones de sus ideas, que también repasaremos a partir de cada una de las tra-

estar bien?» Aunque yo estaba de acuerdo con él, cuenta Stein, le dije que si alguien planteaba tal cuestión, sería acusado de «fomentar la guerra de clases». Y aquí es donde Stein escribe la tan repetida frase: «Existe guerra de clases, de acuerdo», dijo Mr. Buffett, «pero es mi clase, la clase rica, quien está haciendo la guerra, y quien la está ganando» (*There's class warfare, all right, but it's my class, the rich class, that's making war, and we're winning*) (Stein, 2006). Valoración que era compartida por la mayoría de sus compatriotas, como muestran los resultados de una encuesta del *Pew Research Center* (11 enero 2012), en que se analizaba la percepción pública de la lucha de clases. El 66% del total de los estadounidenses creían que existían *conflictos fuertes o muy fuertes* entre los ricos y los pobres (más que entre negros-blancos, inmigrantes-nativos o viejos-jóvenes). Sin apenas variaciones según el nivel de ingresos, y un 55% de los republicanos también lo pensaban. Incluso, en el país donde se valora por encima de todo el esfuerzo personal, el 46% de la población estaba de acuerdo con que los ricos no debían su fortuna al duro trabajo, sino a que nacieron en familias pudientes o a tener los contactos adecuados (frente al 43% que pensaban lo contrario) (Morin, 2012).

diciones inauguradas por los clásicos, siguen ayudándonos a interpretar la realidad social a la altura del siglo XXI.

2.1. Frente a los clásicos de la sociología, Durkheim y Weber, lo que distingue a la obra predecesora de Karl Marx, es que su planteamiento científico es inseparable de su perspectiva política revolucionaria, ya que el análisis de clase es parte de su crítica del capitalismo y de su teoría del cambio social. Su teoría de clases es, además, una teoría estructural de la desigualdad. El criterio esencial que divide a la sociedad capitalista en clases sociales es, para Marx, un criterio económico objetivo, que supone además la división social más importante: entre quienes poseen los medios de producción (capitalistas) y los que, al estar desposeídos de ellos, deben contratar con sus poseedores para poder subsistir y vivir de su salario (trabajadores), siendo además explotados por aquellos. A partir de este esquema más simple de la división de clases (burguesía y proletariado), Marx realizará investigaciones históricas donde el esquema dual se complejiza para hacerse cargo de los contextos histórico-sociales particulares. Desde la perspectiva marxista se van a establecer, además, algunas distinciones importantes, como la «clase en sí», que depende de la posición objetiva en la estructura de relaciones de clase; la «clase para sí», cuando a partir de aquélla se genera una identidad común (relacionada con la familia, la cultura, los estilos de vida, la política, etc.); y la «formación de clase», que alude a las agrupaciones de participación socio-política como partidos o sindicatos de clase (Martínez, 2013: 28-29). En relación con esto último, y acorde con su teoría de la sociedad, para Marx el poder es muy importante, ya que las desigualdades de renta y de riqueza vinculadas a la estructura de clases se sostienen mediante el ejercicio del poder político. Ante la complejidad creciente de la estructura de clases, en las últimas décadas del siglo XX se han producido distintos intentos de actualización de las perspectivas clásicas sobre las clases. En el caso de la tradición marxista descuellan, por su relevancia teórica, los planteamientos del marxista analítico Erik Olin Wright. Para Wright, el planteamiento neomarxista ha de centrarse en dos mecanismos fundamentales, los de explotación y dominación, reconociendo que no se trata de dos conceptos neutrales, sino que implican un juicio moral, sobre todo el primero de ellos. La «dominación» se refiere a la capacidad de controlar las actividades de otros; y la «explotación» (desechada la teoría del valor-trabajo de la obra de Marx, por no ser válida científicamente), es definida como la adquisición de beneficios económicos del trabajo de aquéllos que son dominados (Wright, 2010: 103-104). Por ello continúa siendo central la propiedad de los medios de producción, si bien las relaciones de propiedad sobre los mismos se han complejizado en las economías capitalistas avanzadas, y no siempre es sencillo identificar quién es el verdadero «propietario» de los medios de producción, pues en la actualidad se asignan derechos diferentes a agentes diversos (Wright, 2014: 127-128). Por ejemplo, el poder efectivo sobre muchos aspectos (como máquinas, infraestructuras, materias primas, etc.), en ocasiones lo ejerce el Estado y no recae exclusivamente en manos privadas, luego los beneficios se reparten. Además, es esencial distinguir entre la «propiedad» de los medios de producción y el «control» y/o «disposición» efectivo de los mismos, pues las grandes empresas capitalistas son propiedad de un número cada vez mayor de accionistas, pero la disposición real sobre su fun-

cionamiento está en manos de gestores y ejecutivos. Wright señalará diversas formas en que los derechos y poderes sobre la propiedad, que asociamos a la idea de poseer los medios de producción, se descomponen y redistribuyen en cierta medida, en el capitalismo actual.⁵ Más aún, con el giro que se está produciendo desde una economía industrial a otra economía de servicios y tecnológica, cada vez será más difícil, a su juicio, que los propietarios del capital controlen la actividad económica, pues la propiedad intelectual es en esencia más difícil de monopolizar que la propiedad o el capital físico. Además, los derechos a la propiedad privada respecto a la información y al conocimiento, pueden ser más fácilmente vulnerados con las nuevas tecnologías de la información, e, incluso, la propia producción de conocimiento e información es más eficiente como actividad colaborativa y cooperadora (Wright, 2014: 116). Por lo que se refiere a la «clase trabajadora», que tampoco es homogénea, sino cada vez más diversa internamente, es muy importante el grado en que se poseen diversos recursos económicos valorados en el mercado, sobre todo dos: a) los *recursos de conocimiento* (especialmente el conocimiento técnico: si se posee cualificación o no, y en qué medida), y b) los *recursos de organización* (la posición en la jerarquía de la empresa u organización), que inciden ambos en algo tan importante como es la autonomía que se posee en el proceso de trabajo. Todo lo dicho muestra con claridad la continua variación y complejización de las relaciones de clase contemporáneas. Una posición similar a la de Wright, al rechazar la teoría del valor-trabajo para definir la explotación, pero que sin embargo se acerca a la posición económica neoclásica al definir la explotación en relación con la «renta», es la de Aage B. Sørensen. Este autor, que sitúa el origen de la explotación también en los derechos de propiedad, la restringe sin embargo a la propiedad o la posesión de activos «que producen rentas»; sobre todo las rentas duraderas originadas por derechos de propiedad prolongados, sobre activos productivos que generan ventajas a costa de otras personas que no ostentan tal derecho. «Los recursos o activos que producen rentas generan desigualdades en las que la ventaja del propietario se obtiene a costa de los no propietarios» (Sørensen, 2015: 178). Aquí se sitúan los «cimientos de la formación de clases», puesto que los propietarios de dichos activos protegerán sus derechos sobre ellos y los que no lo son pretenderán eliminarlos. En cuanto a la estructuración de las relaciones de clase, según Wright, hay que tener en cuenta dos elementos: la posición de clase y las relaciones de clase. La «posición de clase» es la situación de los individuos dentro de las pautas de interacción estructuradas que componen las relaciones de clase. Y hablamos de «relaciones de clase», cuando los derechos y poderes de la gente sobre los «recursos de producción» y sobre la apropiación de los resultados del uso de esos recursos, están distribuidos de forma desigual, son mayores en unos grupos que en otros (Wright, 2015a: 27). A partir de los conceptos mencionados hasta aquí, llegamos a la metatesis fundamental del análisis de clase y es que la clase social «tiene conse-

⁵ Así, por ejemplo, son importantes los derechos del propietario de transferir derechos de propiedad (vender, regalar o comprar) y los derechos a controlar y adjudicar el excedente obtenido (el ingreso neto generado por el uso de los medios de producción). Como ejemplos de tal redistribución de derechos y poderes sobre la propiedad, se pueden señalar los siguientes: las restricciones gubernamentales a las prácticas laborales, la representación sindical en las juntas directivas, los planes de cogestión, las opciones de compra de acciones para empleados o los fondos contributivos de pensiones, las delegaciones de poder a jerarquías directivas, etc. (Wright, 2015a: 31).

cuencias sistemáticas y significativas tanto en la vida de los individuos como en las dinámicas de las instituciones» (2015a: 41).

2.2. La perspectiva funcionalista, derivada de la obra de Émile Durkheim, es la predominante en los estudios sociológicos sobre la llamada «estratificación social». Se centra en las profesiones y, concretamente, en la valoración social de las mismas (prestigio profesional), que depende de ciertas características como su relevancia social, las condiciones de trabajo, el salario, etc. Los «estratos sociales», que agrupan a las diversas profesiones, identifican los «atributos» que son económicamente importantes al influir en las oportunidades vitales de los individuos en una economía de mercado y, por tanto, en sus condiciones materiales de vida. El prestigio profesional depende principalmente de dos atributos como son el nivel de estudios y los ingresos medios de los profesionales (a los que se pueden añadir otros como los recursos culturales, las conexiones sociales, las motivaciones individuales, etc.) Luego un asunto de investigación relevante, que no siempre se suele efectuar desde esta perspectiva, y que enlazaría más directamente con la perspectiva de clase, sería estudiar el proceso por el que la gente obtiene los recursos que afectan a sus ocupaciones en el mercado de trabajo (Wright, 2010: 100). Al basarse en una única dimensión, el prestigio profesional, es un planteamiento muy utilizado para la investigación empírica y la comparación internacional (en la OCDE, por ejemplo), a través de la combinación de los niveles de ingresos y de estudios. Pero para este planteamiento, en general meramente descriptivo, como sostiene Saturnino Martínez, las clases sociales propiamente tales no existen, sino que más bien existiría, en la división social del trabajo, un continuum de estratos sociales sin conflicto entre ellos. «Las clases, en todo caso, no serían más que estratos en ese continuo necesario y funcional para el orden social» (Martínez, 2013: 33; Sørensen, 2015: 170). Estamos ante una perspectiva *atributiva*, no relacional, donde la situación de unos estratos no depende al parecer de la de los otros, sino que las ventajas y desventajas que se obtienen son el resultado de condiciones individuales (la renta o la educación, por ejemplo, son atributos que los individuos poseen en mayor o menor grado, debido seguramente a su propio esfuerzo, independientemente de los otros). Por lo que se piensa más bien en términos de estratificación, limitada prácticamente a una dimensión, en lugar de referirse propiamente a la estructura social generadora de clases sociales. Ahora bien, desde esta perspectiva teórica también se han producido nuevos planteamientos interesantes, como los de David Grusky, quien defiende la pertinencia de la perspectiva neodurkheimiana adaptada al «análisis de clase», para hacerse cargo de una estructura de clase de carácter más desagregado y particularizado («clases pequeñas», dirá Grusky), lo que se correspondería, en su opinión, con la realidad institucional del sistema contemporáneo de clases. A juicio de Grusky, los modelos de las «grandes clases» (como el marxista) fueron desarrollados para explicar cambios sociales a gran escala, pero a medida que el conflicto de clases se fue institucionalizando, fueron sustituidos por categorías de análisis de clases más modestas para explicar comportamientos a micronivel, como los estilos de vida o los comportamientos electorales. Esta regulación del conflicto de clases fue prevista por el propio Durkheim y, más aún, el sociólogo francés fue capaz de entrever el papel fundamental que habrían de desarrollar

las asociaciones profesionales en la sociedad moderna y particularmente en el mercado de trabajo. En este contexto, la perspectiva neodurkheimiana se centra en la división técnica del trabajo en el mercado laboral, y concretamente en la «unidad de ocupación», que agruparía a actividades técnicamente similares. Nos situamos también aquí, en el ámbito de la producción, donde existen impedimentos a las oportunidades de movilidad entre categorías laborales, además de disparidades salariales, dando como resultado unas clases sociales a pequeña escala que modelan valores individuales, oportunidades vitales y formas de vida (Grusky y Galescu, 2015: 86). No cabe duda de que la ocupación sigue siendo hoy en día un factor clave para la posición del individuo en la sociedad, para sus opciones vitales y su seguridad material. Ahora bien, además de no explicar realmente las causas de la desigualdad clasista y omitir otros tipos fundamentales de desigualdad estructural, como a los que aluden Marx o Weber, hay que señalar las obvias limitaciones de este planteamiento a la hora de aplicarse a los no ocupados, los económicamente inactivos como los parados, estudiantes, jubilados, etc. Lo contrario sucede en las otras dos perspectivas teóricas, no solo la de Marx, sino también en la de Max Weber, para las cuales la clase representa una categoría real que identifica mecanismos reales que tienen fuerza causal en la vida de las personas, que la conforman en gran medida, con independencia de que las personas reconozcan dicha fuerza (Wright, 2016: 2).

2.3. Es el caso de Max Weber, que concibe la clase (o la «situación de clase», como prefiere denominar, en cuanto alude al sistema de relaciones en el capitalismo), como una categoría objetiva que influye en las oportunidades vitales de las personas. Siendo también, en el caso de Weber, como en Marx, la propiedad y su carencia, la categoría decisiva que estructura las diversas situaciones de clase, en la medida en que condiciona las oportunidades vitales que se tienen gracias a los recursos conseguidos en el mercado. En este sentido, se ha definido la posición weberiana como de la «apropiación de oportunidades» (Charles Tilly), ya que las clases se definen desde ella como el acceso y la exclusión a ciertas oportunidades vitales. Varios tipos de derechos de propiedad conducen a una estructuración de las relaciones de clase en términos de oportunidades y estilos de vida que abren o bloquean, lo que nos permite comprender las múltiples variaciones que se dan en el capitalismo (Wright, 2016: 4). Los mecanismos de exclusión pueden ser tales como licencias, credenciales educativas, cultura, etc.; pero el más importante es sin duda el de los derechos de propiedad privada de los medios de producción. Lo que comparte y le asemeja a su antecesor Marx. Como sostiene Wright, «el núcleo de la división de clase entre capitalistas y trabajadores (común a las tradiciones sociológicas weberiana y marxista) puede comprenderse, por lo tanto, desde una perspectiva weberiana, como muestra de una forma específica de apropiación de oportunidades por las normas legales de los derechos de propiedad» (Wright, 2010: 102).⁶

⁶ Desde esta misma perspectiva, renunciando también a la noción de plusvalía de Marx, que deriva de la teoría del valor-trabajo, y apoyándose en la noción weberiana de «oportunidades vitales», Giddens redefine la noción de «explotación» «como cualquier forma socialmente condicionada de producción asimétrica de oportunidades vitales» («las oportunidades que un individuo tiene de participar de «bienes» culturales o económicos creados socialmente que existen típicamente en cualquier sociedad dada») (Giddens, 1996: 150).

En ambas tradiciones, por tanto, se trata como decíamos de una perspectiva *relacional*: la riqueza de unos depende de la pobreza de los otros. Ahora bien, Weber es un liberal y no contempla una transformación revolucionaria de la sociedad a través de la lucha de clases. Unido a ello, establece una clara distinción entre la «clase en sí» y la «clase para sí», que algunos marxistas relacionaban de manera directa e inmediata, lo que Weber consideraba una «operación pseudocientífica». La clase es una característica objetiva que influye en las oportunidades vitales de las personas, «pero solo bajo ciertas condiciones los que comparten una situación de clase común toman conciencia de ello y actúan de acuerdo con sus mutuos intereses económicos» (Giddens, 1996: 47). Distinción que tiene plena validez y cobra más importancia aún en la actualidad. Una de las virtualidades del análisis de Weber es que, frente a esquemas simples, permite dar cuenta de las múltiples y variadas posiciones posibles en el mercado. Así la clase es un determinante de las muy diversas oportunidades vitales: de la experiencia de abundancia o escasez, de seguridad o inseguridad económica, de perspectivas de mejora material o no, de promoción o no en el trabajo, etc. (Breen, 2015: 69). Es precisamente cuando se unen diversas situaciones de clase y crean un nexo común de intercambio social entre individuos, cuando existe realmente una «clase social». Concretamente, Weber llega a reconocer cuatro clases fundamentales: la *clase obrera de los trabajadores manuales*; la *clase media no propietaria* (que se subdivide, a su vez, en dos grupos de clase diferentes: la *pequeña burguesía* y los *trabajadores no propietarios de cuello blanco* como técnicos, administrativos, funcionarios, etc.); y la *clase alta propietaria*. Además de referirse a la clase, Weber va a efectuar otra aportación teórica importante, al aludir también a los «grupos de estatus». Junto con las clases sociales y los partidos políticos, están directamente relacionados con la distribución del poder en la sociedad. Igual que la clase, también se trata de un concepto relacional: «el orden —o jerarquía—, de estatus está formado por relaciones sociales de superioridad, igualdad e inferioridad que reflejan las evaluaciones prevalecientes del honor o valor social» (sea de ocupación, de etnia, etc.) (Goldthorpe, 2012: 47). Si bien históricamente los grupos de estatus no siempre mantuvieron una relación directa con las clases sociales, en el capitalismo a menudo la relación es mayor a través de la propiedad, que «es un factor determinante en la situación de clase y proporciona también la base para seguir un determinado *estilo de vida*» (Giddens, 1996: 47).⁷ Más relacionado con lo subjetivo y el consumo (que con lo objetivo y la producción), el estatus depende de la reputación o el prestigio que le atribuye la sociedad a cada uno y se expresa en forma de «estilos de vida» (vivienda, ocupación, ocio, vestido, lenguajes, etc.) Los que comparten un determinado estilo de vida sienten que forman una comunidad y que comparten una identidad común.⁸ Una parte

⁷ Ahora bien, como señala Goldthorpe, las investigaciones muestran que las correlaciones entre las estructuras de clase y las jerarquías de estatus tienden a ser moderadas. Luego «la clase y el estatus deben considerarse dos formas cualitativamente diferentes de estratificación social» (Goldthorpe, 2012: 47).

⁸ El análisis de clase de Pierre Bourdieu se apoya en esta distinción weberiana entre clase social y grupo de estatus, que Bourdieu interpreta en términos de una distinción entre lo material-económico y lo simbólico. La clase es vista, por el autor francés, como una propiedad emergente de diferentes «capitales» (económico, cultural y también social), que permiten a la gente acumular recursos, de tal manera que aumentan sus ventajas sobre los demás. A juicio de Bourdieu, los actores sociales se distribuyen a lo largo de una estructura objetiva de posiciones que condiciona que los actores compartan un mismo estilo de vida. Pero para que existan clases sociales, las probabilidades objetivas que resultan de la estructura del espacio social deben dar lugar a represen-

importante de los estudios empíricos que se realizan sobre las clases sociales (al margen de las escalas meramente económicas, de ingresos, etc.), se basan en la perspectiva neo-weberiana. Singularmente en el modelo de clases desarrollado por John Goldthorpe y colaboradores, que basa su éxito en su facilidad de uso, ya que extrae los datos necesarios de las estadísticas oficiales: los sistemas de clasificación ocupacional, que son divididos de acuerdo a ciertas jerarquías de estatus, por lo que su grado de desagregación es bastante variable (pues suele oscilar entre las 4 y las 11 clases). Con el telón de fondo de las dos distinciones básicas reflejadas por las clases: entre los que poseen los medios de producción y los desposeídos de ellos; y entre éstos últimos en función de la naturaleza de su relación con el empleador (regulación por «contrato de trabajo» o mediante «relación de servicio» con el empleador) (Breen, 2015: 62), John Goldthorpe se centra en la naturaleza intrínseca del trabajo. Las clases sociales se estructuran en torno a la dificultad intrínseca de la ocupación o tarea realizada (trabajo manual o no, grado de cualificación, etc.); y ocupar un puesto de responsabilidad jerárquica o no (empresarios, directivos, grado de autonomía en el trabajo, etc.) (Martínez, 2013: 31; 2014: 5). A partir de ahí se establecen categorías de clase homogéneas, mediante las categorías ocupacionales, que nos permitan identificar pautas de movilidad, analizar la desigualdad de oportunidades educativas o las diferencias de actitudes y de comportamientos. Si bien las críticas a su modelo van en el sentido de que se centra en el trabajo formal y retribuido, dejando fuera a muchas personas que no encajan en el mismo (trabajo «informal», a tiempo parcial, en paro, etc.), lo que va siendo corregido posteriormente (como la categoría 10 de la ESeC).⁹

Como hemos podido comprobar hasta aquí, hay varias aportaciones básicas en las distintas tradiciones consideradas, que además son claramente compatibles entre sí. De esa opinión es Olin Wright, quien recientemente ha defendido la necesidad de construir un planteamiento analítico integrado, adoptando ciertos postulados de las tradiciones neomarxista, neo-weberiana y neodurkheimiana que considera complementarios, para lograr una comprensión más adecuada y exhaustiva de la nueva estructura de clases (Wright, 2010).

taciones válidas de ellas, y de los límites que las dividen y las unen a un mismo tiempo (creencia subjetiva en la existencia de las clases). Una clase, por lo tanto, para Bourdieu, se define simultáneamente por lo que «es» y cómo «es percibida» (Weininger, 162-163).

⁹ La *Clasificación Socioeconómica de la Unión Europea (ESeC) (European Socio-economic Classification)* es el resultado de un Proyecto de Investigación para establecer un sistema de clasificación de las posiciones socioeconómicas, de cara a la realización de estudios de movilidad social y de la transmisión hereditaria intergeneracional de las desigualdades, entre otros. Deriva, en gran parte, del planteamiento de Goldthorpe, y está compuesta de las siguientes categorías (que se pueden agrupar para formar las clases): 1. Grandes empleadores, directivos y profesionales de nivel alto. 2. Directivos y profesionales de nivel bajo. 3. Empleados de cuello blanco de nivel alto. 4. Pequeños empleadores y trabajadores autónomos no agrícolas. 5. Trabajadores autónomos agrícolas. 6. Supervisores y técnicos de rango inferior. 7. Trabajadores de los servicios y comercio de rango inferior. 8. Trabajadores manuales cualificados. 9. Trabajadores no cualificados. 10. Excluidos del mercado de trabajo y parados de larga duración.

3. LA NUEVA ESTRUCTURA DE CLASES EMERGENTE EN EL MUNDO GLOBAL DEL SIGLO XXI

En las últimas décadas, a partir sobre todo de los años 90 del pasado siglo, con un capitalismo definitivamente triunfante sobre el comunismo expandiéndose sin freno a lo largo del mundo, se han ido produciendo un conjunto de cambios fundamentales en la estructura social de las sociedades avanzadas. Un aspecto importante, por tanto, que caracteriza a la etapa actual de capitalismo predominantemente financiero y sobre la base de un desarrollo científico-técnico y tecnológico continuo, es la conformación de un mundo crecientemente global. A partir de esta base podemos tratar de caracterizar, de manera puramente tentativa, las principales «clases» que caracterizan la cambiante estructura social de nuestras sociedades. Lo más novedoso es precisamente el proceso de emergencia de nuevas clases de carácter global, aun en formación, que se añaden a las clases de carácter nacional, en continuo proceso de cambio, además, y con las que mantienen diversas relaciones de cooperación o de conflicto. De hecho, los mismos autores que defienden la presunta «muerte» de las clases sociales en las sociedades avanzadas, consideran que las desigualdades clasistas se producen más a una escala global que nacional, entre las diversas naciones y en el interior de las sociedades que aun pugnan por industrializarse y modernizarse (Pakulski y Waters, 1996). Desde nuestro punto de vista, sin embargo, es únicamente una mayor presencia e intensificación de las clases y de su lucha lo que acontece en las sociedades de la «periferia» de la economía mundial. Una perspectiva imprescindible para abordar este análisis, teórico y empírico, de las diferencias de clase a nivel global, es sin duda la de Harold Kerbo (2003).¹⁰ Ahora bien, lo que a nosotros nos interesa aquí es identificar, claro que provisionalmente, cuáles son las clases sociales fundamentales que componen la móvil estructura social de nuestras sociedades avanzadas. En esta dirección, encontramos una coincidencia casi total en la mayoría de los análisis, en considerar la existencia de cuatro grandes clases sociales fundamentales (al margen de la interpretación de sus características internas, o de la extensión de las mismas), que generalmente se subdividen además en facciones o grupos internos, y con un carácter permeable entre las diversas clases o subgrupos: 1) Clase alta. 2) Clase media. 3) Clase trabajadora. 4) Infraclase.¹¹ Ni que

¹⁰ Véase, sobre todo, el capítulo 12, *Estratificación mundial y globalización: los pobres de la Tierra*, pp. 359-406. Para Kerbo, la ideología neoliberal dominante del mercado libre produce importantes desequilibrios de poder en el sistema de clases mundial. Los países ricos extraen o compran recursos naturales a bajo precio y venden sus bienes una vez facturados a los pobres, pero no sucede lo mismo en la otra dirección. Esto refuerza la lucha de clases interna en los países pobres, siendo los grandes beneficiadas las élites económicas y políticas aliadas con los países ricos y las multinacionales, que están en la periferia por los menores salarios, la ausencia de sindicatos, de controles laborales y de impuestos, etc. (Kerbo, 2003: 368-371). Para un análisis de «cómo los mecanismos del capitalismo son diferentes en la sociedad de clases dependiente» de América Latina, puede consultarse (Franco, 2007), en donde se sostiene que, en un capitalismo dependiente y subdesarrollado, como el latinoamericano, las clases sociales solo participan de manera marginal en el proceso de la economía mundial.

¹¹ Uno de los estudios recientes más relevantes, en nuestro contexto cercano, es, sin duda, el estudio de las clases sociales en el área metropolitana de Barcelona, realizado por Marina Subirats (2012), investigación empírica que nos permite extrapolar y señalar, a grandes líneas, cómo se va conformando la nueva estructura de clases, que es además progresivamente global (véase también: Subirats, 2013). Pueden consultarse también otros estudios empíricos importantes y recientes sobre las clases en el contexto español como los siguientes: (Tezanos, 2001; Antón, 2004; Requena, Radl y Salazar: 2011; Requena y Stanek, 2015).

decir tiene que este esquema, puramente analítico, y basado en algunas de las asunciones teóricas que repasábamos, ha de ser contrastado empíricamente en su aplicación a los distintos contextos histórico-sociales.

3.1. Clase alta

1.1. Una de las principales transformaciones en la estructura de clases es precisamente la de la alta burguesía, gran parte de la cual adquiere crecientemente su riqueza y poder de los beneficios obtenidos en los mercados globales. La *clase corporativa*, según la denominación estadounidense, no siempre fácil de identificar, se ha convertido en la nueva clase dominante que, por primera vez en la historia, opera a nivel mundial. Presenta diferencias muy importantes con la clase empresarial propietaria tradicional, en su manera de actuar, en sus mecanismos de acumulación, en cómo ejerce su poder e incluso en su ideología (Subirats, 2012: 164). No se trata ya de una burguesía preferentemente industrial, vinculada a la producción, sino especuladora, vinculada a los organismos financieros y las grandes corporaciones. Es una clase transnacional, no ya vinculada al territorio nacional, cuya dominación reposa en mecanismos económicos, al manejar las reglas del juego económico y financiero a través de organismos regionales o transnacionales (UE, BCE, BM, FMI, OMC, etc.) La acumulación de riqueza no se basa tanto en la propiedad de los medios de producción, sino, por ejemplo, en la ocupación de cargos gerenciales en las grandes corporaciones (Subirats, 2013: 165-166). Se trata de una élite bastante reducida, conformada por tres grupos diferentes cuyos intereses se relacionan con el control de las grandes empresas multinacionales y los beneficios que generan: los gerentes y directores ejecutivos de las grandes compañías multinacionales, los empresarios de las grandes industrias y los capitalistas financieros (directores de compañías de seguros, bancos, fondos de inversión, etc.) (Giddens y Sutton, 2014: 569). De ideología neoliberal, sus intereses pasan por la reducción al mínimo de la intervención del Estado en el mercado, luego la desregulación y privatización de servicios públicos (sobre todo los relacionados con los derechos sociales y económicos). Como decía Buffet, era la clase que planteaba la «guerra» y la está ganando, imponiendo su hegemonía. 1.2) Frente a esta élite, estaría la gran o mediana burguesía, ligada más a la producción industrial o a la economía de servicios, que opera a nivel local o a lo sumo regional, y cuenta con recursos, influencia y poder más limitados que aquella. Se trata de un grupo que se sitúa ya a caballo entre la clase alta y la clase media alta.

3.2. Clase media

El término de clase media es muy popular, pero a la vez muy complejo teóricamente y de contornos variables e imprecisos. Como sostiene Tezanos, en las sociedades tecnológicamente avanzadas, las ocupaciones de clase media experimentan una nueva fase de crecimiento y expansión, pero a la vez se están transformando de tal manera que cada vez es más complicada su ubicación en la estructura social (Tezanos, 2001: 297). El aumento de la clase media se debe a una cierta difuminación de las grandes diferencias por arriba, y a que otros sectores han ascendido en el último periodo histórico y mejorado notable-

mente su situación (Tezanos, 2001: 333), lo que se puede retrotraer a las «clases de servicios» (Goldthorpe) ligadas al desarrollo del Estado del Bienestar (Giddens y Sutton, 2014: 573). Sin embargo, no hay que caer en el espejismo, alentado por la ideología neoliberal, de creer que «todos somos de clase media», sino que ésta supone en torno al 40% de la población.¹² Concretando, pueden señalarse cuatro sectores o subclases fundamentales dentro de la clase media. 2.1) *Clase empresarial propietaria*. Característica de las sociedades industriales, por lo que se trata de una burguesía en declive en las sociedades «posindustriales». En todo caso se ubican aquí los propietarios de empresas medianas y pequeñas de todo tipo, no solo de carácter industrial. 2.2) *Clase profesional*. Se trata de una nueva clase característica de las sociedades modernas de capitalismo avanzado y posindustrial, en el que es fundamental el conocimiento científico y las nuevas tecnologías de la información, lo que conlleva asimismo la mecanización de muchas ocupaciones. Una sociedad de servicios basada en el saber técnico profesional como elemento de productividad y de bienestar público (*funcionariado*): médicos, abogados, técnicos, ingenieros, químicos, profesores, etc. (Subirats, 2012: 246). Este sector ha crecido de manera importante, sobre todo unido al desarrollo del Estado del Bienestar, y más ampliamente, de la sociedad de servicios técnicos de todo tipo, y que a pesar de ser asalariado, lo es de nivel medio y alto, y se vincula claramente a la clase media (Subirats, 2012: 171).¹³ Un sector social, recalca Tezanos, que es generalmente conformista, más bien pro-sistema (formaría parte de la «mayoría satisfecha» de la que hablaba Galbraith) (Tezanos, 2001: 333).¹⁴ 2.3) *Clase profesional global (o clase cosmopolita)*. Al igual que la corporativa, se trata de una clase de carácter global que ha ido emergiendo progresivamente, y que está menos organizada que aquella. Son todos aquellos expertos, profesionales y técnicos de alto nivel, al servicio directo de las grandes corporaciones empresariales, financieras, etc., o más indirectamente, a través de los medios de comunicación o de servicios técnicos, científicos o universitarios ligados a redes internacionales. Incluye también a los funcionarios de las instituciones regionales o internacionales, como la UE, BCE, ONU, FMI, BM, etc. Es una clase media con un elevado nivel educativo, luego clase media-alta, que se desplaza a menudo por el mundo y cuyo idioma preferente es el inglés (*clase cosmopolita*); y cuya función suele consistir en la legitimación y mantenimiento de aquellos aspectos técnicos e ideológicos necesarios para la actuación de la clase corporativa. Por lo que estaríamos ante la capa más elevada de la nueva clase media (Subirats, 2013: 166-167). 2.4) *Pequeños empresarios y autónomos*. Se trata de un grupo, la pequeña burguesía empresaria sin asalariados, y los autónomos, que tras un periodo de declive (comerciantes, artesanos, etc.), comienza a aumentar en nuevos tipos de trabajos autónomos ligados a la sociedad tecnológica y de servicios, y de pequeños empresarios subordinados a las grandes empresas. Mantienen una posición in-

¹² Según Antón, en nuestras sociedades avanzadas, la clase alta variaría aproximadamente entre un 1% y un 10% de la población, la clase media entre el 25% y el 40%; y el resto, la clase trabajadora y la infraclase, supondría entre un 60 y un 75% de la población total.

¹³ Lo que implicaría una conclusión importante y es que ya no puede asimilarse mecánicamente la propiedad de los medios de producción a la clase alta o a la clase media-alta, y el trabajo asalariado a la clase trabajadora. Luego ni uno ni otro valen como criterio «único» de pertenencia a una clase social (Subirats, 2012: 178 y ss).

¹⁴ Por otro lado, como señala Giddens, los estudios demuestran que la perspectiva cognitiva típica de la clase media, en las sociedades europeas, más que la conciencia de clase, es el «reconocimiento» de clase.

termedia entre la clase media y la clase trabajadora, a cuya posición tienden a parecerse cada vez más.

3.3. Clase trabajadora

Esta clase, en la que sobre todo se centra el debate sobre el presunto fin de las clases sociales, se encuentra, más si cabe que el resto, en profunda transformación. 3.1) Como ya veíamos, la gran concentración de las empresas, la aceleración de la globalización en las últimas décadas, con la creciente deslocalización de empresas a países emergentes o en desarrollo, implica un claro retroceso de la *clase obrera industrial* en los países avanzados, aunque continúa existiendo en menor grado, junto a trabajos en el sector primario (en el mar, la agricultura, la ganadería, etc.). 3.2) Por otro lado, aumentan los trabajadores de servicios y en tareas de oficina de tipo intelectual, algunos de los cuales pueden acercarse a la clase media en su nivel de vida. 3.3) Uno de los factores fundamentales de estratificación que operan en nuestras sociedades tecnológicas emergentes, según la caracterización de Tezanos, es decisivo para este sector del mundo del trabajo: la estratificación por el *empleo* (los otros dos, la estratificación por la *propiedad* y por el *estatus*, se refieren más a las otras clases). Tal estratificación conlleva la «desigualdad de empleo», es decir, cómo se distribuyen de manera diferenciada los bienes de empleo (Tezanos, 2001: 43). Y lo es debido a una de las tendencias estructurales esenciales que se manifiestan en nuestras sociedades, como consecuencia de las políticas de carácter neoliberal: el paro estructural de larga duración y la *precarización laboral*, que influyen directamente en la situación de los trabajadores (si se cuenta con un trabajo normal, seguro y bien remunerado; o con un trabajo parcial, esporádico o en la economía sumergida; se está en situación de paro coyuntural o de larga duración, etc.) (Tezanos, 2001: 349). En relación con esta importante precarización de la clase trabajadora, se encuentra el concepto de *precariado* que, aun con una cierta historia anterior, llegó a la opinión y debate públicos, gracias sobre todo a la obra de Guy Standing. Se trata de un neologismo que combina el adjetivo «precario» y el sustantivo «proletario». En opinión del autor se trata de una nueva «clase social», distinta de la clase trabajadora, de carácter global, aunque en proceso de formación, y en la que sus miembros aun no tienen conciencia de la misma (Standing, 2013: 15-16). En nuestra opinión, el colectivo heterogéneo al que se refiere, aun en contra de su opinión explícita, no es algo diferente de la clase obrera o del «proletariado» (salvo que se congelen sus contenidos y se les haga coincidir con una visión histórica superada), sino seguramente una de las capas inferiores de la clase trabajadora en profunda transformación.¹⁵ Lo que diferenciaría al precariado de lo que, al parecer, sería «común» al

¹⁵ No hay prácticamente ningún analista que no defienda que la clase trabajadora está sometida a una *gran fragmentación*, y que no asumiría totalmente una afirmación como la siguiente (que identifica muy bien esa «congelación histórica» del concepto, de la que hablo): «Es analíticamente útil diferenciar entre aquellos con trabajos manuales estables, con identidad y un estatus de clase trabajadora, como los mineros, estibadores, obreros de la siderurgia e incluso personal administrativo con empleos de larga duración, y el precariado...» (Standing, 2014: 10). ¿Y por qué hablar de «*proletariado precario*», entonces si son tan diferentes? De hecho, su tesis central ha sido muy debatida y cuestionada, sobre todo desde la perspectiva marxista, en dos sentidos fundamentales: 1) el concepto no representa nada nuevo y es poco convincente. 2) el precariado no es una nueva clase, sino el resultado de la fase neoliberal de la lucha de clases sobre la clase trabajadora (Wisniewski, 2014; Standing, 2014).

proletariado es, para Standing: 1) tener un empleo inseguro e inestable, 2) estar sometido a precarización (por lo que debe adaptar sus expectativas vitales a un empleo y una vida inestables), y 3) poseer un nivel educativo y formativo por encima del nivel que se le exigirá en el trabajo que entra en sus expectativas. Siendo esto último lo definitorio: «Esta característica es históricamente exclusiva», escribe Standing. Y, añade: «el precariado es la primera clase social de masas en la historia que ha ido perdiendo sistemáticamente los derechos conquistados por los ciudadanos» (*denizens*). Aludiendo tanto a los derechos civiles: el acceso a la justicia; culturales: a pertenecer a una comunidad identitaria; sociales: a los beneficios empresariales o estatales; económicos: a trabajar en lo que se está cualificado, o políticos: a ser representados (Standing, 2013: 51; 2014: 8-9). En este último sentido, no hace falta estar de acuerdo con que el precariado sea una nueva clase social, o más bien creer que se trata de un sector creciente de la clase trabajadora, para concordar con el autor en que se necesitan políticas del y por el precariado. Esta importante precarización de la clase trabajadora, debida a las políticas neoliberales de carácter global, incide de manera importante en la estratificación interna de la clase trabajadora, que se puede situar por su nivel de vida en paralelo a la clase media, o en los estratos más bajos, como los del precariado, cercana a las «infraclases». Y que no puede dejar de influir, al mismo tiempo, en la existencia o no de una posible conciencia colectiva de clase. Como sostiene Subirats, la clase trabajadora ha ido perdiendo conciencia de su identidad e intereses propios, perdiendo fuerza como actor político de primer orden, si bien la mayoría de los conflictos y negociaciones reflejan en el fondo, su existencia y diferencias de situación (Subirats, 2012: 185; Giddens, 1996: 227). 3.4) Aún en el interior de esta clase, por abajo, estaría surgiendo un *nuevo sector de la clase trabajadora de carácter global*, igual que el precariado, pero en una situación todavía más lamentable: de naturaleza itinerante, sin derechos y, por tanto, sin la protección del Estado del Bienestar y en situación, a veces, de semiclandestinidad. Compuesta, sobre todo, por migrantes de países pobres sin derechos, sin permiso de residencia, ni recursos, y que realizan los trabajos peor pagados (Subirats, 2013: 167-168). Y que se sitúan en el límite de la clase trabajadora, si no ya en el interior de la denominada «infraclase».

3.4. La infraclase

Del inglés *underclass*, palabra a veces también traducida por «subclase». Es una expresión muy ligada al análisis sociológico y, a veces, su uso es un tanto ambiguo e impreciso, pero necesario, junto a otros similares, para hacerse cargo de un sector de la población desgraciadamente en crecimiento.¹⁶ Se utiliza para referirse a un colectivo que ocupa el lugar

¹⁶ Definición que suele llevar aparejadas connotaciones políticas y, sobre todo, morales, negativas, al referirse a individuos peligrosos, indigentes, o, en consonancia con la ideología neoliberal, a vagos que se niegan a trabajar y prefieren sobrevivir al margen de la sociedad, o incluso a los que viven de la asistencia social («cultura de la dependencia» que, en el ámbito norteamericano, se asocia sobre todo con determinadas minorías étnicas, como los afroamericanos, o las madres solteras, etc.) Véase a este respecto la obra de uno de los principales sostenedores de tal visión de la *underclass* y del debate en torno a la misma (Murray, 1999). De ahí que sea necesario evitar el peligro de estigmatización social que pudiera llevar aparejado el uso del concepto. En Europa, por el contrario, y en consonancia con el planteamiento de clases, se responsabiliza primariamente a la estructura social y no al individuo de tales situaciones (de ahí, por ejemplo, el concepto de «exclusión social») (Giddens y Sutton, 2014: 576).

más bajo de la estructura de clases y en situación de marginalidad o exclusión del sistema social. Como sostiene Tezanos, si bien es un fenómeno anclado en situaciones preexistentes de marginación y pobreza, presenta nuevos perfiles y rasgos estructurales específicos, asociados a la revolución tecnológica, a las nuevas orientaciones económicas y a la existencia del paro estructural de larga duración (Tezanos, 2001: 211 y ss.) Y que remite a la lógica del mercado que deja fuera del núcleo de oportunidades (poder, influencia, recursos económicos, etc.), a quienes no necesita en un momento determinado, y que, al carecer de oportunidades estructurales de lograr un empleo estable y de calidad para vivir con un mínimo dignidad, son marginados, excluidos del sistema establecido (personas en situación de paro crónico, que pierden todo subsidio, la vivienda, los derechos sanitarios o educativos, carecen de redes de apoyo, etc.) (Subirats, 2013: 169). Posiblemente, más que ningún otro grupo o clase social, éste carece de conciencia e identidad de clase específicos.¹⁷

4. CONCLUSIONES

Es evidente que, desde el momento en que las clases sociales emergen, coincidiendo con el desarrollo del capitalismo industrial a finales del siglo XIX, pasando por la institucionalización del conflicto de clases en el periodo socialdemócrata (1945-1973), la caída del comunismo soviético y el triunfo del capitalismo que se expande a nivel global, bajo el paraguas de la ideología política y económica neoliberal, la estructura de clases se ha transformado profundamente. En un mercado laboral crecientemente desregulado, mucho más abierto y flexible que en el periodo anterior, las desigualdades sociales han crecido de manera alarmante y las clases no han desaparecido, pero sí se ha producido una importante fragmentación interna de las clases tradicionales y la emergencia de nuevas clases o subclases de carácter global. Conuerdo plenamente con la opinión de Wright, de que «ninguna de estas formas de complejidad de las relaciones de clase significa que la clase esté perdiendo importancia en las vidas de la gente o que las estructuras de clase sean menos capitalistas en alguna cuestión esencial» (Wright, 2014: 118). La clase social es una categoría real que se refiere a mecanismos causales reales que conforman en gran medida la vida de la gente (evidentemente junto a otros condicionamientos importantes: de género, étnicos, etc.), y que explica la importante desigualdad de oportunidades vitales y de niveles económicos de vida de las personas. Y las clases configuran en gran parte nuestra vida, y, esto es importante, con independencia de que las personas reconozcamos explícitamente tales condicionamientos o no. Ahora bien, una cosa es la innegable existencia de las clases sociales, y otra bien diferente es la medida en que pueda producirse o no una toma de con-

¹⁷ Recientemente, en abril del 2013, en la línea de lo escrito más arriba, se ha presentado en el Reino Unido una «nueva clasificación» para definir las clases sociales, que reemplaza a la tradicional (clases alta, media y trabajadora), para adaptarse a los importantes cambios socio-históricos habidos. Diseñada por la *Asociación Sociológica Británica*, está basada en el *Sondeo británico de clases* en el que participaron 160.000 personas. Se sostiene que la clase tiene tres dimensiones: económica, social y cultural. El nuevo modelo está compuesto por siete categorías: élite, clase media establecida, clase media técnica, nuevos trabajadores pudientes, clase trabajadora tradicional, trabajadores emergentes de servicio y precariado. Puede consultarse la noticia en internet: <http://www.bbc.com/news/av/uk-22011732/uk-now-has-seven-social-classes>

ciencia de clase, sobre todo de aquellas clases o subclases que están «perdiendo la guerra» (Buffett), que lleve a una acción política consecuente con ella, y pueda revertir la situación actual hacia una sociedad más justa y más igualitaria. A la espera de que el futuro dicte su veredicto, podemos concluir este artículo citando las palabras que el sociólogo inglés Richard Hoggart, fallecido en 2014, estampó como «intereses personales» en su página de Facebook: «Las diferencias de clase no mueren. Simplemente adoptan nuevas formas de expresarse. Esto es tan cierto hoy como lo era hace 25 años. Rutinariamente damos por enterradas las clases, pero el ataúd permanece vacío».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antón, A. (2014). Sujetos y clases sociales. *Colección Estudios n.º 83*, marzo. Madrid: Fundación 1 de Mayo. Disponible en: www.1mayo.ccoo.es/nova/files/1018/Estudio83.pdf
- Borrell, C.; Rohlfes I.; Artazcoz, L. y Muntaner, C. (2004). Desigualdades en salud según la clase social de las mujeres. ¿Cómo influye el tipo de medida de la clase social? *Gac Sanit*, 18 (Supl 2), pp. 75-82.
- Breen, Richard (2015). Fundamentos de un análisis de clases neoweberiano. En *Modelos de análisis de clases* (Erik Olin Wright, ed.) (pp. 55-79). Valencia: Tirant.
- Buffett, Warren E. (2011). Stop coddling the super-rich. *The New York Times*, august 14. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2011/08/15/opinion/stop-coddling-the-super-rich.html>
- Cabrera de León, A.; Rodríguez Pérez, M.; Domínguez Coello, S.; Rodríguez Díaz, C.; Rodríguez Álvarez, C.; Aguirre Jaime, A.; y el grupo CDC (2009). Validación del modelo REI para medir la clase social en población adulta. *Revista Española de Salud Pública*, 83, n.º 2, marzo-abril, pp. 231-242.
- Carabaña, J.; Francisco, A. (comps.) (1992). Teorías contemporáneas de las clases sociales. *Zona Abierta*, 59/60, Madrid.
- Franco, R. (ed.) (2007): *Estratificación y movilidad social en América Latina. Transformaciones estructurales de un cuarto de siglo*, Santiago: Ediciones LOM.
- Giddens, A. (1996). *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*. Madrid: Alianza editorial.
- Giddens, A.; Sutton, P.W. (2014). Estratificación y clase social. En *Sociología*, 7.^a ed. (pp. 546-597). Madrid: Alianza editorial.

- Goldthorpe, J.H. (2012). De vuelta a la clase y el estatus: por qué debe reivindicarse una perspectiva sociológica de la desigualdad social. *Reis*, 137, enero-marzo, pp. 43-58.
- Grusky, D.; Galescu, G. (2015). Fundamentos de un análisis de clases neodurkheimiano. En *Modelos de análisis de clases* (Erik Olin Wright, ed.) (pp. 81-119). Valencia: Tirant.
- Hernández de Frutos, T. (2006). Estratificación social y delincuencia. Cuarenta años de discrepancias sociológicas. *Revista Internacional de Sociología*, vol. LXIV, n.º 45, setiembre-diciembre, pp. 199-232.
- Jones, O. (2013) (3.^a ed.). Chavs. *La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.
- Kerbo, H.R. (2003): *Estratificación social y desigualdad. El conflicto de clase en perspectiva histórica, comparada y global*, Madrid: McGraw Hill.
- Macionis, J.J.; Plummer, K. (2011) (4.^a ed.). Clases, pobreza y bienestar. En *Sociología* (pp. 271-296). Madrid: Pearson Educación S.A.
- Martínez García, J. (2013). Estructura social y desigualdad en España. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- (2014). ¿Cómo afecta la crisis a las clases sociales? *Zoom Político*, n.º 20, 16 pp.
- Martín, U. y Bacigalupe, A. (2007). Desigualdades sociales en la salud de la población autónoma del País Vasco. La clase social y el género como determinantes de la salud. Victoria-Gasteiz: Ararteko.
- (2009): Estructura social y salud en Euskadi: clase social, nivel educativo y lugar de nacimiento como determinantes de la salud. *Zerbitzuan*, 45, ekaina-junio, pp. 59-72.
- Morin, R. (2012). Rising share of americans see conflict between rich and poor. *Pew Research Center*, january 11. Disponible en: <http://www.pewsocialtrends.org/2012/01/11/rising-share-of-americans-see-conflict-between-rich-and-poor/>
- Murray, C. et al. (1999). Charles Murray and the underclass: the developing debate. London: IEA Health and Welfare Unit.
- Navarro, V. (2013). *¿Existen clases sociales? Y ¿hay conflicto entre ellas?*. 17 setiembre. Disponible en: <http://blogs.publico.es/vicencnavarro/2013/09/17/existen-clases-sociales-hay-conflicto-entre-ellas/>
- Pakulski, J. (2015). Fundamentos de un análisis de clases posclasistas. En *Modelos de análisis de clases* (Erik Olin Wright, ed.) (pp. 211-247). Valencia: Tirant.

- Pakulski, J. and Waters, M. (1996). *The death of class*. London: Sage.
- Requena, M.; Radl, J. y Salazar, L. (2011). Estratificación y clases sociales. *Informe España 2011. Una interpretación de su realidad social*. Madrid: Fundación Encuentro, pp. 300-366. Disponible en: www.fund-encuentro.org/informe_espana/descargar.php?id=2011-C5.
- Requena, M. y Stanek, M. (2015). Las clases sociales en España: cambio, composición y consecuencias. *Informe España 2015. Una interpretación de su realidad social*. Madrid: Fundación Encuentro, pp. 487-517. Disponible en: www.fund-encuentro.org/informe_espana/informe-espana.php
- Sørensen, A.B. (2015). Fundamentos de un análisis de clases basado en las rentas. En *Modelos de análisis de clases* (Erik Olin Wright, ed.) (pp. 167-209). Valencia: Tirant.
- Standing, G. (2013). *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Ediciones de Pasado y Presente.
- (2014). Por qué el precariado no es un «concepto espúreo». *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 82, otoño. Madrid: Siglo XXI, pp. 7-15.
- Stein, B. (2006). In class warfare, guess which class is winning. *The New York Times*, november 26. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2006/11/26/business/yourmoney/26ever.html>.
- Subirats, M. (2012). *Barcelona: de la necesidad a la libertad. Las clases sociales en los albores del siglo XXI*. Barcelona: Editorial UOC.
- (2013). Pobreza y globalización. Nuevas clases sociales, nuevos actores. *Cambio social y cooperación en el siglo XXI. Vol. 2. El reto de la equidad dentro de los límites económicos* (B. Román y G. De Castro, coords.). Barcelona: Icaria, pp. 158-170.
- Tezanos, J.F. (2001). *La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Tittenbrun, J. (2015). The death of class? 12 octubre, pp. 35-53. Disponible en: http://www.cejsh.icm.edu.pl/cejsh/element/.../The_death_of_class_.....pdf.
- Urrutia León, M.M.^a (2016). ¿El mercado siempre tiene razón? Crítica de las ideas éticas, políticas y sociales del neoliberalismo de F. Hayek. *Pensamiento*, vol. 72, n.º 274, pp. 1217-1245.
- Weininger, E.B. (2015). Fundamentos del análisis de clases de Pierre Bourdieu. En *Modelos de análisis de clases* (Erik Olin Wright, ed.) (pp. 121-165). Valencia: Tirant.

Wisniewski, M. (2014). *Precariado: ¿una clase nueva o nueva lucha de clases?* Disponible en: <http://tercerainformacion.es/antigua/spip.php?article76540>.

Wright, E.O. (1985). *Classes*. Verso: London & New York.

—(2010). Comprender la clase. Hacia un planteamiento analítico integrado. *New Left Review*, 60, ene/feb, pp. 98-112.

—(2014). *Construyendo utopías reales*. Madrid: Akal.

—(2015a): Fundamentos de un análisis de clase neomarxista. En *Modelos de análisis de clases* (Erik Olin Wright, ed.) (pp. 19-53). Valencia: Tirant.

—(2015b). Conclusión: Si «las clases» son la respuesta, ¿cuál es la pregunta? En *Modelos de análisis de clases* (Erik Olin Wright, ed.) (pp. 249-264). Valencia: Tirant.

—(2016). La clase importa (Entrevista). *Sin Permiso*. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/la-clase-importa>

Wright, E.O. (ed.) (2015). *Modelos de análisis de clases*. Valencia: Tirant.